
Pensamiento social de la Iglesia y nueva evangelización

*Luis Mario Sendoya M.**

Este tema lo presento en tres partes: la primera hace referencia al núcleo dinamizador del Evangelio; la segunda, al examen de las relaciones entre la evangelización, la liberación y la promoción humana y la tercera, a la presentación de algunos criterios para el anuncio del Evangelio en la universidad.

1. El núcleo dinamizador del Evangelio

Proponer algunas reflexiones sobre la nueva evangelización tiene un supuesto elemental: existió una evangelización fundante y este hecho nos remite a un marco universal. Pero existió en América Latina una primera evangelización y esto nos coloca en familia. Hacer referencia a cualquiera de los elementos del proceso evangelizador nos sitúa en la conmemoración del medio milenio de evangelización, que tendrá su significación plena como compromiso eclesial, como compromiso por una evangelización nueva, que es nueva en su ardor en sus métodos y en su expresión. Así se dirigió Juan Pablo II en la Catedral de Puerto Príncipe, Haití, a los obispos del CELAM en 1983.

Al mismo tiempo, sin proponerme directamente una valoración de la primera evangelización, asunto complicado que exigiría un trabajo interdisciplinario, haré algunas referencias puntuales. Evangelizar evoca en algunos la figura del predicador que enseña unas verdades que se han de aprender; con frecuencia se puede identificar la misión de la Iglesia con el conjunto de esas enseñanzas. Para estas personas el gran problema reside en una recta presentación del mensaje y en su adecuada intelección.

Mirar a la Iglesia como signo de comunión nos coloca en una comprensión de la verdad no racional, sino vital. Por eso la Iglesia evangeliza en primer lugar, mediante el *testimonio*

* Abogado de la Universidad Católica de Bogotá, Lcdo. Teología Universidad Javeriana.

global de su vida. En fidelidad a su condición de sacramento trata de ser más y más un signo transparente o modelo vivo de comunión de amor a Cristo a quien anuncia.

Tomar la evangelización testimonial como expresión primera en el proceso evangelizador nos remite a la radicalidad de nuestra fe. En efecto, el cristianismo apunta a ser leído más allá de un fenómeno social, susceptible de ser visualizado, analizado y explicado. Los cristianos no lo son tal por la simple lectura de un texto o la memorización de unas verdades; su fe tiene la novedad del testimonio de Jesús, en quien la utopía se hizo realidad histórica. La situación de la fe de la Iglesia mantiene una comunión viva con el testimonio de Jesús; por eso una nueva evangelización de la Iglesia ha de implicar en primer lugar un testimonio transparente. Si en el Nuevo Testamento la palabra de Dios es el Evangelio y el contenido real del Evangelio es el acontecer del Cristo vivo (acontecer que debe ser real principalmente en el testigo), quiere decir que el testigo o el anunciador es él mismo palabra de Dios o el lugar donde el Cristo vivo sucede con transparencia.

Es sorprendente que, a pesar de las sombras de la Iglesia, ella sea percibida como luz en el mundo, no gracias a ella misma, sino a la fuerza del Espíritu. Por desgracia debemos reconocer que no siempre fue así. La Iglesia en su acción evangelizadora tuvo que soportar el peso de desfallecimientos, alianzas con los poderes terrenos, una incompleta visión pastoral y la fuerza destructora del pecado (Puebla 10).

“No todos los miembros de la Iglesia han sido respetuosos del hombre y de su cultura; muchos han mostrado una fe poco vigorosa para vencer sus egoísmos, su individualismo y su apego a las riquezas, obrando injustamente y lesionando la unidad de la sociedad y de la misma Iglesia” (Puebla 966).

Toda la comunidad cristiana es evangelizadora; nuestra responsabilidad testimonial es común; no podemos sentirnos Iglesia en unos asuntos y en otros no. Muy conocida es la excusa que se da del compromiso testimonial, alegando la incoherencia en algunos como disculpa del propio antisigno. Para que las enseñanzas sociales de la Iglesia sean aceptadas por todos, deben responder de manera eficaz a los desafíos y problemas graves que surgen de nuestra realidad latinoamericana. Muchos hombres disminuidos por carencias de toda índole reclaman acciones urgentes. No podemos proponer eficazmente esta enseñanza sin ser interpelados nosotros mismos por ella. En nuestro comportamiento personal e institucional exige coherencia, creatividad, audacia y entrega total; nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo (Puebla 476).

El segundo elemento del núcleo evangelizador es el *diálogo*. Voy a presentar su dinamismo, como camino, como expresión coloquial que a similitud del diálogo salvífico ha de ser signo de nuestro encuentro con el hombre y con su cultura.

No se trata de guardar los valores del Reino de Dios, necesitamos comunicarlos. El Papa Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam Suam* señala tres actitudes para la Iglesia del Concilio:

tomar conciencia de sí misma, renovarse y presentarse al mundo en diálogo. (*Ecclesiam Suam*, No. 6).

Una exigencia del cambio, de la conversión, es precisamente el diálogo. Si la Iglesia adquiere una conciencia más clara de sí y trata de acomodarse al modelo que Cristo le propone, discernirá cómo acercarse convenientemente al mundo de hoy; porque debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir, la Iglesia se hace palabra, mensaje y coloquio. Se trata del proceso de inculturación del Evangelio en el mundo: Aún antes de convertirlo, más todavía para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y le hablemos para ofrecerle los dones de verdad y de gracia, de que Cristo nos ha hecho depositarios, y para comunicarle nuestra maravillosa herencia de redención y de esperanza; porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de El (Jn. 3, 17).

Pablo VI nos presenta algunas características del diálogo. En primer lugar el diálogo ha de ser *gratuito*: el diálogo de la salvación fue abiertamente espontáneo, con la iniciativa de Dios; el nuestro ha de ser generoso; nos corresponde tomar la iniciativa para extender a los hombres este mismo diálogo sin esperar a ser llamados. En segundo lugar, el diálogo debe ser *caritativo*: el diálogo de la salvación partió de la caridad, de la bondad divina; Dios ha amado de tal manera al mundo que le dio a su Hijo Unigénito (Jn. 3, 16). Sólo el amor fervoroso y desinteresado deberá mover nuestro diálogo. Este ha de ser *generoso*, como el diálogo de la salvación que no se ajusta a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido; también debe hacerse sin límites ni cálculos; ha de ser *respetuoso*, como el diálogo de la salvación que no obligó físicamente a nadie a aceptarlo y fue una formidable demanda de amor que, si constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes fue dirigida, los dejó sin embargo libres para corresponder o para rehusar. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación necesaria, no se presentará armada con la coacción exterior, sino solamente por las vías legítimas de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación común; ofrecerá su don de salvación, respetando siempre la libertad personal y civil.

El diálogo debe ser *universal*, como el diálogo de la salvación que se hizo posible a todos y a todos fue destinado sin discriminación alguna; el nuestro, de igual manera, debe ser potencialmente universal, esto es católico y capaz de establecerse con cada uno.

El diálogo debe ser *gradual*, como el diálogo de la salvación que ha conocido grados; ha habido una propedéutica de la fe, una pedagogía de la palabra; ha tenido desarrollos sucesivos con inicios humildes, antes del éxito pleno. También nuestro diálogo tendrá en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios haga eficaz el coloquio. Por esto un modo de ejercitar la misión apostólica es el arte de la comunicación espiritual que exige claridad ante todo, sin ambigüedades, sin irenismos. El diálogo es *enriquecedor*, porque también es mucho lo que podemos recibir; el diálogo *no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo*, su autoridad es intrínseca por la caridad con que

expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo con que promueve la confianza y la amistad; es *prudente*, porque tiene en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que escucha. Aquí se plantea la cuestión que la Iglesia tiene que resolver en esta nueva época, en la que somos convocados para una nueva evangelización adecuando su misión a la vida de los hombres, sin renunciarnos, siendo fiel al evangelio y al hombre y teniendo en cuenta los tiempos y lugares, las culturas concretas, las particulares funciones sociales.

La evangelización debe ser un *anuncio explícito*. Una de las cualificaciones del ser humano es su capacidad para expresarse, a través del lenguaje en todas sus formas. La novedad cristiana es como una semilla implantada en todos los corazones: las señales del Verbo no conocen barrera ni de raza, ni de sexo, ni de condición social, ni de concepción, ni de lógica, ni de religión, pero es necesario que este testimonio escondido de humanidad cobre un sentido más pleno; se hace imprescindible un anuncio más explícito, porque (como señalara el apóstol Pablo) “¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rm. 10,14).

Hoy como ayer, lamentablemente, también debemos acompañar a nuestros obispos en el reconocimiento de la insuficiente proclamación del Evangelio (Puebla 173). Con cierta frecuencia se bautizaba, sin haber dado una adecuada catequesis sobre los misterios de nuestra fe, es decir sin la necesaria evangelización; América Latina fue evangelizada en forma incompleta. Hoy el magisterio de la Iglesia se hace indispensable, frente a tantos otros mensajes que recortan al hombre en sus aspiraciones o le venden inhumanas ilusiones; la Iglesia es servidora del mundo en orden al servicio del reinado de Dios, como portadora del sentido último de la existencia; ella tiene la misión de explicitar, con la alegría de quien nos envía, la proclamación de la buena nueva a toda la creación: creación del mundo físico, creación del hombre, creación de la cultura.

Hoy como ayer nuestra Iglesia tiene una palabra que decir al mundo; éste está anhelante, necesitado, hambriento de esa palabra de la Iglesia, de eso que el mundo reclama y que la Iglesia no puede guardar y que tiene que hacer explícito.

Esa gran verdad es Cristo que nos revela en su encarnación el amor del Padre y que nos comunica, a través de su Iglesia, el Espíritu, fuerza de amor y de caridad.

El anuncio evangelizador debe llevar a la *conversión*. La fe no es un saber, es una respuesta en donde acontece el misterio de la salvación, que se repite incesantemente en la historia y mediante la historia en procesos de conversión. De esta manera la Iglesia se convierte cada día a la palabra de verdad, sigue a Cristo encarnado, muerto y resucitado por los caminos de la historia y se hace servidora del Evangelio para transmitirlo a los hombres con plena fidelidad. A partir de la persona llamada a la comunión con Dios y con los hombres, el Evangelio debe penetrar en su corazón, en su experiencia y en sus modelos de vida, en su cultura y en sus ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y

encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir y de convivir. Esta es nuestra primera opción pastoral. Los obispos en Puebla expresan que la misma comunidad cristiana, sus laicos, sus pastores, sus ministros y religiosos, deben convertirse cada vez más al Evangelio, para poder evangelizar a los demás (Puebla 973).

Por cierto, en circunstancias bien difíciles para la Iglesia, las semillas del Verbo, presentes en toda la humanidad, sacudieron el establecimiento en que buena parte de los cristianos habíamos acampado. Nos permitieron descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto nos interpelan constantemente, llamándonos a la conversión y muchos de ellos realizan en sus vidas valores evangélicos de sencillez y disponibilidad para recibir el don.

Hay que destacar cómo, mucho antes del grito revolucionario francés por los derechos del hombre y el ciudadano, de inspiración francamente individualista, se había gestado entre nosotros, por el potencial evangelizador de los indígenas y afroamericanos, un movimiento más original y de más amplias dimensiones, realizado por intrépidos luchadores por la justicia y por la paz.

Muchos de los misioneros, inspirados por su fidelidad al Evangelio, se vieron obligados a elevar su voz profética contra los abusos de colonizadores que buscaban su propio interés, a costa de los derechos de las personas, a quienes hubieran debido amar y respetar como hermanos (Puebla 5).

En este sentido es reconfortante escuchar el mensaje de nuestros obispos, en comunión con la fe viva de santos predicadores en América Latina, de cómo el mensaje de salvación del Evangelio a todos los hombres ha de ser entregado preferencialmente a los pobres y olvidados (Puebla 12).

El núcleo dinamizador del evangelio debe estar en la *adhesión a la comunidad que celebra la liturgia*. Tal vez la celebración de la fe fue el aspecto más destacado del proceso evangelizador en América Latina; en algunos ambientes casi la única expresión de la misma fe. Sin embargo hay quienes piensan que muchas celebraciones litúrgicas degeneraron en meros ritualismos carentes de un contenido evangélico. Para que los hombres puedan llegar a la liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión; ella no es para convertir, sino para convertidos. Hasta ahora se ha contado principalmente con una pastoral de conservación, basada en una sacramentalización con poco énfasis en una previa evangelización.

Esta pastoral era apta, sin duda, en una época en que las estructuras sociales coincidían con las estructuras religiosas; en que los medios de comunicación de valores (familia, escuelas, trabajo) estaban impregnados de valores cristianos y donde la fe se transmitía casi por la misma inercia de la tradición.

Hoy, sin embargo, las mismas transformaciones del continente exigen una revisión de esa

pastoral, con el fin de que se adapte a la diversidad y pluralidad de culturas del pueblo latinoamericano. Solo una fe vivida y convenientemente anunciada es una fe realmente celebrada. La liturgia, como acción de Cristo y de la Iglesia, es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; es cumbre y fuente de la vida eclesial; es el encuentro con Dios y los hermanos en el banquete realizado en la Eucaristía, fiesta de comunión eclesial, en la cual el Señor Jesús, por su misterio pascual, asume y libera al pueblo de Dios y por él a toda la humanidad, cuya historia es convertida en historia salvífica para reconciliar a los hombres entre sí y con Dios. La liturgia es también fuerza en el peregrinar, a fin de llevar a cabo, mediante el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios.

Adheridos a la comunidad cristiana y convocados en la liturgia nos sentimos comprometidos a celebrar lo que vivimos. Nos comprometemos también a hacer que el mundo viva la comunión, la fraternidad. En América Latina es un reto el celebrar con autenticidad lo que vivimos en nuestra experiencia cotidiana: luchar por la justicia, para que realmente el canto eucarístico, sea un canto auténtico de celebración solidaria.

El último elemento del núcleo evangelizador es el *aspecto misional* como trabajo de toda la comunidad. Aludir a la Iglesia, como comunidad de salvación unida a Cristo nos pone en la perspectiva de la comunidad misionera: "Id y proclamad la buena nueva" (Mc. 16,15) vale, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. La tarea de evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda; ella existe para evangelizar, ("Evangelii Nuntiandi" No. 15).

2. La relación del anuncio del Evangelio con la liberación y la promoción humana

¿Qué es lo específico cuando nosotros proclamamos el Evangelio y cuando lo hacemos de una manera encarnada y tenemos al hombre y su cultura como referente directo del mismo? Porque la pregunta es clara: ¿evangelizar qué? Se trata de evangelizar al hombre y las culturas. El Papa Pablo VI nos señaló las características de una evangelización que se encarna en la historia. Se trata de una evangelización del hombre todo y de todos los hombres. El aspecto de integralidad y de universalidad indica las notas esenciales del proyecto humano global.

El anuncio del Evangelio es un mensaje de liberación integral, del pecado personal y estructural, de la injusticia y de la opresión, de todo aquello que condena al hombre a quedar al margen de la vida. Entre evangelización y promoción humana, desarrollo y liberación, hay lazos muy fuertes de orden antropológico, porque no se trata de evangelizar a un hombre en abstracto, sino a un hombre concreto, situado y fechado. Hay lazos de orden teológico, porque el misterio de la creación es también misterio de redención, misterio de salvación;

hay lazos de orden evangélico, porque la fuerza que nos anima es la fuerza de la caridad; se trata de una liberación que promueve a todo el hombre, que le permite pasar como sujeto histórico de condiciones menos humanas a más humanas.

Tenemos delante el pobre en sus carencias físicas. No podemos glorificar la pobreza; se trata de la opción preferencial por aquel que carece de lo físico; pero hay otra opción preferencial por aquel que carece de valores morales, por aquel que no tiene generosidad y que está en una situación de necesidad por su egoísmo; son los dos pobres que encontramos: el pobre físico y el pobre que necesita de conversión, porque vive en el egoísmo y niega a Dios en la historia. No caben aquí reduccionismos de corte espiritualista o temporalista; entre Reino de Dios y progreso temporal hay una conexión muy estrecha, pero el reinado de Dios no se reduce a una particular concreción histórica, por más perfecta que nos parezca; tampoco se trata de una salvación gaseosa que nada tenga que ver con la historia, sino que es una liberación del hombre todo de mente y de corazón, pero también de sus creaciones culturales. Es una oferta abierta a todos los hombres, que se hace realidad en todos aquellos que se abren al Reino.

Podríamos brevemente señalar algunos criterios para discernir cuándo un proceso de liberación está animado por los valores del Evangelio y cuando no: se trata de una liberación del pecado, de una liberación para crecer; no simplemente, de romper con las ataduras; es también un abrirnos al dinamismo del desarrollo de las opciones libres. Es una liberación fiel a los contenidos del Evangelio y también al hombre y a su cultura; que supone unas actitudes especiales de comunidad y de servicio en las propuestas de construcción de una sociedad mejor. Nos encontramos ante una liberación que mide cómo se acerca el hombre al pobre, no como a un objeto, sino como a un sujeto que es amado por sí mismo. El Papa Juan Pablo II conmueve a la humanidad en la Unesco, cuando reclama la atención del mundo por el hombre mismo. Este por sí mismo es merecedor de nuestra atención y de nuestra ayuda. La primera consideración de orden ético es que el ser humano es aquel que es querido por sí mismo, porque es persona.

3. Algunos criterios para el anuncio del Evangelio en la universidad

Al reflexionar sobre la Universidad Javeriana como universidad nos colocamos en el campo de las exigencias de una nueva evangelización de las personas que conformamos la comunidad educativa, pero también de la cultura.

La universidad es un medio privilegiado de producción, transmisión, desarrollo y transformación de valores. Tiene una relación directa con la cultura porque está comprometida con la educación del hombre. A ella le corresponde servir a la identidad cultural de los pueblos, ya que en y desde ella es posible ejercer la función crítica y de enriquecimiento de las culturas con altura científica y con madurez humana. Además la institución universitaria tiene como objeto la verdad en sus múltiples manifestaciones. Tanto la verdad como la

universidad carecen de límites en el campo de sus posibilidades. Así se explica su universalidad, como nota constitutiva.

La Universidad Javeriana es una universidad católica. Persuadidos como estamos de que la universidad es un centro de producción privilegiado de la cultura y de los valores de la sociedad, es comprensible la particular responsabilidad en orden a la construcción del Reinado de Dios. Ella se constituye también como comunidad misionera y obra apostólica de la Iglesia, pero ante todo como testimonio del Reino de Dios que aquí se inserta. El P. Kolvenbach en febrero de 1990 nos recordó lo que la Iglesia y la Compañía de Jesús pretenden realizar en favor del hombre, tomado en su totalidad, desde y a través de la universidad. La diferencia entre una universidad católica y otra que no lo es consiste en que en la primera la docencia y la investigación no son ni siquiera concebibles sin esta coherencia e integración de los saberes en la realidad misma total del hombre, de sus valores y de lo que la sociedad debe llegar a ser.

Esta integralidad y universalidad de la misión humana se ve iluminada por el misterio de la encarnación humanizadora de Dios en Cristo por la fuerza del Espíritu, que rescata al hombre como integrador de todo saber y toda ciencia. El misterio de Cristo hace humano y divino este quehacer universitario y anuncia que es posible la realización integral del hombre, mediante la tarea que educa para lo universal y en la cual son interlocutoras obligadas la teología y la filosofía.

Porque es desde el Evangelio como en últimas se descubre el verdadero rostro del hombre y desde el hombre, como se descubre el verdadero rostro de Dios, la Iglesia en Colombia tiene una palabra que decir, desde el campus universitario, no solamente en la contribución a un mejor conocimiento de la sociedad y cultura entre los colombianos, sino también en la propuesta de soluciones alternativas a los graves problemas que hoy tiene el país. El aporte es específico en la línea de una visión del hombre, del mundo y de la historia que ha de elaborar, en este trabajo universitario a la luz del Evangelio. Esta no es una función del Estado. En el momento tan trascendental que hoy vive el país, cuando se define una nueva Constitución para el futuro, ¿nuestra Iglesia católica estará haciendo presencia, para que se concrete una concepción del hombre, que es responsabilidad de las culturas y de los grupos religiosos?

Reitero que no es competencia del Estado definir la visión del hombre, sino que es responsabilidad nuestra plasmarla en el ordenamiento jurídico. La universidad no es una parroquia o algo parecido; tiene su autonomía y sus funciones propias; sin embargo, en unión con la comunidad eclesial misionera, la Universidad Javeriana, a la luz del Concilio, es llamada para un servicio a la sociedad y a la cultura colombiana que sea cualificado, de liderazgo desinteresado y que forme hombres para un país renovado. De ninguna manera se trata de legitimar y mantener un sistema de valores y un determinado orden social. La convocatoria para una nueva evangelización es un momento de gracia para hacer realidad el "magis" ignaciano. Así lo afirmaba el P. Kolvenbach en Georgetown, EE.UU.

Y si allá esto tiene un sentido, aquí lo tiene más. El P. General de la Compañía de Jesús ubica su afirmación en el contexto de la opción por los pobres. Algo que le preocupa es precisamente a qué tipo de sociedad está sirviendo la Universidad Javeriana. No se trata de una opción clasista ni exclusiva. Nuestra Universidad tiene nombre propio en la realidad social del país. El P. General nos señala un criterio y nos pide afanosamente que busquemos alternativas para que sirvamos a una sociedad más pluralista. ¿Cuál es este criterio? Nada de cuanto se realice en los planes curriculares, en el ejercicio de la formación e investigación y en las políticas generales de la universidad podrá lesionar al pobre. El javeriano debe tener como privilegio el servicio al más necesitado y débil de la sociedad colombiana.